

EL PADRE NUESTRO

En el Padre Nuestro, encontramos la enseñanza nuclear de Jesucristo, su mensaje de salvación, su programa de vida; ahí está el evangelio de Jesucristo, condensado en pocas palabras y traducido al lenguaje vital de la oración

Estructura del Padre Nuestro:

Es sencilla arranca con una invocación que indica con claridad a quien va dirigida la oración “*Padre Nuestro que estas en los cielos*”. Tiene luego dos partes bien definidas que conviene distinguir, pues marcan dos actitudes básicas en el orante:

1. En la primera se hacen tres deseos, que en castellano vienen expresadas en subjuntivo, son fórmulas breves: “***Santificado sea Tu Nombre***”
“***Venga a nosotros tu reino***”
“***Hágase Tu voluntad....***”

Que recogen tres grandes deseos centrados en Dios, su Nombre, su reino, su voluntad, el orante le presenta sus tres grandes deseos: que ese nombre de “*Padre*” sea glorificado, que su “*reinado*” se vaya imprimiendo en el mundo, que se haga cuanto antes realidad su “*voluntad*” de salvar al ser humano.

2. En la segunda parte, por el contrario encontramos cuatro peticiones, en forma imperativa, que es lo propio de una oración de petición. Son fórmulas más largas que se centran ahora en las necesidades del ser humano y en ella pedimos:

a) “***danos hoy nuestro pan de cada día***”: El pedir el pan es algo más que el pan físico y terreno, aunque es pedir ese pan para el que carece de él, también pedimos el *pan del cielo* ó pan eucarístico. Pedimos el pan de hoy el pan cotidiano, y “el pan del mañana” escatológico, que tiene su anticipo en la eucaristía que nos hace participar ya de los bienes del reino.

b) “***perdona nuestras ofensas***”: Junto a la actitud humilde penitencia está el compromiso de fraternidad y de perdón mutuo “***como nosotros perdonamos***”. Pedir perdón a Dios comprometiéndose también al perdón fraterno, es procurarse la purificación necesaria para acercarse a los santos dones.

c) “***no nos dejes caer en la tentación***”: Conscientes de nuestra debilidad, pedimos al Padre ayuda y fuerza para no caer en el pecado; no le pedimos que nos libre de las tentaciones diarias, sino que no nos deje caer en la tentación radical y definitiva de rechazar el Reino de Dios y abandonar la fe en Jesucristo.

d) “***libranos del mal***”: La última petición es un grito de socorro dirigido a nuestro Padre, que nos libre del Mal que nos puede alejar del Reino de Dios y de la vida

Nuestra vida es frágil, está amenazada por la fuerza del mal y expuesta a peligros permanentes. El orante confía al Padre la existencia concreta de los hombres.

Todo el Padre Nuestro es una petición de que venga el Reino, que se realice la voluntad salvadora de Dios, y que llegue la plenitud gloriosa de Cristo, cuyo signo y garantía es la Eucaristía.

I. PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN EL CIELO

La oración arranca con una invocación que le da tono propio. Lo primero es experimentar a Dios como Padre querido y cercano, despertar en nosotros la confianza total, sentirnos hermanos de cuantos son sus hijos.

Experimentar a Dios como Padre

Son muchos los pueblos que han invocado a Dios como Padre ó Madre, porque se le experimenta como “engendrador” y fuente de vida, y porque se le acepta como “Señor” y principio de autoridad.

El pueblo bíblico experimenta a Dios como Padre, Yahvé es un Dios cercano, él guía a Israel, vive en estrecha alianza con su pueblo, pero no puede ser representado por imagen alguna y su nombre es misterioso, cuando Moisés le pregunta a Dios cómo se llama, Dios le contesta: “*Soy el que soy... Ese es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación*” (Ex 3, 14-15)

La experiencia de sentirse pueblo elegido, hace designar a Dios como Padre, Israel es como una gran familia llamada a la vida por Yahvé. Pero el nombre de Padre dado a Dios no es determinante, sino solo un nombre entre otros muchos, más frecuentes como “señor”, “juez”, “rey”, o “creador”. **Sólo Jesús revelará el contenido encerrado en la invocación a Dios como Padre.**

El cristiano, cuando inicia esta oración, lo primero que hace es situarse ante un Dios Padre. Dios es para nosotros Misterio trascendente pero Misterio de amor personal; al orar no nos dirigimos a “algo”, no nos sumergimos en la energía cósmica, no nos fundimos con la totalidad misteriosa del universo. Nosotros nos dirigimos a “Alguien” con rostro persona, atento a los deseos y necesidades del corazón humano.

Dialogamos con un Padre que está en el origen de nuestro ser y que es el destino último de nuestra existencia.

En su oración, Jesús siempre se dirige a Dios llamándole “Abbá”. Esta expresión aramea, era el término que utilizaban los niños pequeños para dirigirse a su Padre, un diminutivo cariñoso algo así como “papá”, nadie se había atrevido a emplearlo para dirigirse a Dios.

Este *Abbá* encierra sin duda, el secreto de la relación íntima que vive Jesús con Dios, su Padre querido. Cuando Jesús llama a Dios Abbá, nos revela cuál es el corazón de su relación con Él. La actitud de Jesús ante Dios es la del que habla desde la confianza, el afecto y la ternura de un niño pequeño.

Pero Jesús no se reserva para sí el invocar a Dios como Padre querido, sino que invita y enseña a sus discípulos a que también ellos le invoquen con la misma confianza y seguridad.

Al rezar el Padrenuestro es necesario despertar en nosotros este “espíritu de hijos”, hablar con Dios con seguridad y confianza de hijos, hacer desaparecer todo temor, abandonarnos con gozo en Dios nuestro Padre querido.

Esta es la gran novedad de Jesús: “*A los que creen en su nombre les da poder de ser hijos de Dios*” (Jn 1,12).

Es cierto que ahora no se manifiesta todavía en nosotros esa condición de “hijos de Dios”, pero algún día experimentaremos lo que eso significa.

El Padrenuestro se reza en plural, Jesús nos enseña a decir “Padre nuestro”, no “Padre mío”. Quien invoca a Dios no puede desentenderse de los demás, no se le pide a Dios

nada solo para uno mismo, sino para todos, Dios es nuestro de todos, nadie ha de quedar excluido.

Dios está en el cielo, no está aquí en la tierra, para utilizarlo cuando lo necesitemos. No rezamos para que nos defienda de la dureza de la vida y nos resuelva los problemas, lo que le pedimos es saber actuar y vivir desde su gracia, su bondad y su verdad.

El ser hijos, no nos hace niños débiles que busquemos la protección y el consuelo de Dios, sino que nos hace responsables de asumir nuestra misión, dejando la construcción del mundo en nuestras manos para crear un fundamento para vivir responsablemente la fraternidad universal.

II. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

Después de la invocación inicial, vienen expresados tres deseos: el primero se formula de la manera concisa: “*Santificado sea tu nombre*” Es el primer deseo que nace de Jesús, la principal preocupación y la aspiración más ardiente de su alma. Para él, el objetivo de todo es la “*gloria*” de Dios, que el “*Nombre de Dios sea santificado*” .

El nombre de Dios

En la cultura bíblica, el nombre no es sólo un término para designar una persona o un objeto. El nombre indica realmente el ser, la naturaleza íntima de esa persona u objeto.

El nombre de Dios, expresa el ser de Dios, su misterio inefable, tal como ha querido revelarse y darse a conocer.

El nombre de Dios sigue siendo un misterio: “*Soy el que soy... Ese es mi nombre para siempre*” (Ex 3, 14).

El pueblo de Israel va experimentando que Dios es amor salvador, sus obras son buenas, pues todo el tiempo demuestra su bondad. El recuerdo de su nombre sólo puede despertar agradecimiento: “*Bendice al Señor, alma mía, y todo mi ser a su santo nombre*” (Sal 103, 1-2). María, que vive esta espiritualidad, canta así su agradecimiento: “*Porque ha hecho en mí grandes cosas el Poderoso. Su nombre es santo*” (Lc 1, 49).

El nombre de Dios expresa, la actuación armoniosa de Dios en medio del hombre, su presencia salvadora y liberadora; por eso los creyentes han confiado siempre en el nombre de Dios: “*Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra*” (Sal 124,8) y por ello invocan el nombre de Dios: “*Socórrenos Dios salvador nuestro, por el honor de tu nombre, líbranos y perdona nuestros pecados*” (Sal 79,9).

Toda la bondad, el amor salvador y la ternura bienhechora que encierra el nombre de Dios se nos ha revelado de manera definitiva en Cristo: “*Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos*” (Jn 17,26). Éste es el Nombre sagrado que deseamos sea santificado, proclamado y reconocido.

La Santidad de Dios

Cuando nosotros hablamos de santidad, pensamos en la “*perfección moral*” que una persona alcanza en un grado notable; pero en la tradición bíblica la santidad, es, ante todo **el modo de ser propio de Dios**. Él es distinto de todo cuanto existe, es incomparable, insondable y trascendente. Su modo de actuar no puede ser comparable con nada ni nadie, en concreto. Él ama y hace justicia como ninguno, aborrece la

iniquidad, defiende a los débiles, su misericordia no tiene fin, su acción salvadora es insondable.

Que Dios santifique su Nombre

El deseo nace en nosotros, porque el Nombre de Dios, “Abbá”, no es santificado ni glorificado por todo el mundo, su nombre de “Padre” no es reconocido, continuamente se le ofende, es despreciado, rechazado ó ignorado cuando en el mundo crece los odios y las injusticias.

El creyente pide a Dios que sea él mismo el que santifique su nombre, el que se haga reconocer por todos. La gloria de Dios es demasiado grande para que sólo nosotros con nuestras fuerzas la podamos hacer realidad.

Nosotros le expresamos al Padre nuestro deseo ardiente de que su Nombre santo de Padre sea conocido, reconocido, agradecido y venerado. Repetimos así la oración de Jesús: “*Padre glorifica tu Nombre*” (Jn 12,28).

Este es nuestro primer deseo que la gloria de Dios llene la tierra, que Dios sea Dios, que su bondad su amor y su justicia salvadora lo penetre todo, que su nombre de Padre profanado por los hombre, sea glorificado.

Nuestro compromiso

No puede salir de nosotros este deseo de ver el Nombre de Dios reconocido y santificado, si en nosotros no hay un deseo de vivir de “manera santa”, dando gloria a Dios en nuestra propia vida.

“Santificar el nombre de Dios”, significa para nosotros aceptar su presencia misteriosa en nosotros; dejarle a Dios ser Dios, sin pretender manipularlo, hacerle sitio en nuestra vida , en nuestro pensar, sentir, actuar sin obstaculizar su acción salvadora en nosotros, acogerlo como origen y destino último de nuestra existencia.

El nombre concreto de Dios es Abbá, Padre, pero para vivir como verdaderos hijos suyos debemos acoger a todos como hermanos, y crear en el mundo unas relaciones más justas, más humanas, reaccionar contra todo lo que destruye la dignidad y los derechos de las personas. Así nuestro deseo se abre a una esperanza última y definitiva cuando “*Dios sea todo en todos*” (1 Cor 15,28).

III. VENGA A NOSOTROS TU REINO

Este grito nos ayuda a comprender mejor el deseo anterior de la santificación del nombre de Dios. Para Jesús la venida del Reino de Dios lo es todo, el núcleo central de su mensaje, la convicción más profunda, la pasión de su vida.

No hemos de identificar el Reino de Dios con el cielo, lugar de recompensa y disfrute eterno con Dios. Jesús no esta pensando en un reinado de Dios que se realiza en otra vida, más allá de la muerte. El reinado de Dios es algo que está en marcha y acontece ahora, es cierto que su plenitud se dará al final, pero el crecimiento, la acogida y la entrada en el Reino, tiene lugar ahora. Por eso al pedir “*venga a nosotros tu reino*” no estamos pidiendo ir al cielo. Estamos gritando que el Reino de Dios se haga realidad entre nosotros, que llegue su justicia, que se imponga en el mundo su señorío.

Tampoco hemos de considerar que el Reino de Dios como algo interior, que se realiza por medio de la gracia en el alma de los creyentes, sino como un proceso llamado a transformar la vida entera, la llamada a “entrar en el Reino” no es una llamada a intensificar la vida espiritual, sino a tomar la decisión que compromete a toda la persona, por eso cuando le decimos “venga a nosotros tu Reino”, no le pedimos que Dios reine interiormente en nuestros corazones, sino que transforme la realidad entera del mundo y la vida material, espiritual y social de los hombres, para que sea más conforme con los designios de Dios nuestro Padre.

La utopía del Reino de Dios

Israel, creía que Dios enviaría a su “Ungido” ó Mesías para instaurar “el Reino de Dios” y en la creencia de que desaparecería el mal, la injusticia, la opresión del dolor y la muerte, que el reino traería la verdadera justicia y la paz, la salvación y la felicidad desapareciendo el pecado.

Así pues el deseo de que venga el “Reino de Dios”, recoge el anhelo de que llegue un nuevo orden de cosas que sólo Dios puede introducir. Sólo Él puede imponer entre los hombres la justicia verdadera, traer al mundo la paz, destruir el pecado y eliminar la iniquidad.

El Reino de Dios está llegando

Toda la acción de Jesús se concentra en la venida de este Reino de Dios, Jesús vive para que con su mensaje y su actuación el Reino de Dios comience ha hacerse realidad, comience a abrirse camino entre los hombres. Esta es la gran noticia que nos obliga a cambiar, así lo resume el evangelista san Marcos sobre el mensaje de Jesús: *“El tiempo se ha cumplido, ya llega el reinado de Dios, convertíos y creed en la Buena Noticia”* (Mc 1,15).

El reinado de Dios llega de una manera humilde, sencilla casi oculta. El Mesías no viene a instaurar un reino poderoso de carácter político, su modo de hacer presente el reino es introducir en la vida de los hombres justicia, verdad, salud, perdón. Por eso este reinado es como una “semilla” que se ha sembrado en el mundo para ir creciendo, o como un trozo de levadura que ha sido introducido en la historia humana para ir transformándola. La fuerza salvadora de Dios está ya actuando pero es como un “tesoro escondido” que hay que saber descubrir.

La llegada del Reino de Dios es la mejor noticia que podía escucharse en el mundo, pues el que quiere reinar entre los hombres no es un dictador, sino un Dios Padre, que lo único que busca es el bien y la dicha de todos, si Dios reina, reinará entre los hombres la fraternidad, la comunión y la amistad.

El Reino de Dios está en proceso, está ya aquí, pero no ha llegado a su plenitud, es necesario comprometerse a trabajar para que ese reino sea acogido, haciendo un mundo más fraterno y solidario, manteniendo siempre la esperanza en Dios, sin caer en el pesimismo o la desesperanza. Quien anhela el Reino no pierde la esperanza ni olvida la acción de gracias: *“Gracias, Señor Dios soberano de todo, el que eres y el que eras, por haber asumido tu gran poder y haber empezado a reinar”* (Ap 11,17).

IV. HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Este deseo, expresa algo que aún no habíamos nombrado: “*La voluntad de Dios*”. De hecho el reinado de Dios solo se puede abrir camino si los hombres se muestran dóciles y obedientes a su voluntad de reinar entre ellos.

Hemos de entender bien este deseo. Algunos pueden entender la voluntad de Dios, como un conjunto de leyes y normas que Dios impone y que el hombre debe cumplir. Otros pueden pensar, en un designio misterioso e insondable que no es fácil de conocer, pero que hemos de aceptar con fe. Otras veces se quiere descifrar esa voluntad divina para saber si coincide con la propia.

¿Qué pedimos, en realidad en el padrenuestro? ¿Qué es lo que realmente quiere Dios?

La voluntad salvífica de Dios

La “*voluntad de Dios*” es aquello que Dios quiere que se cumpla y se haga realidad. En el “*misterio de su voluntad*” es revelado plenamente en Jesucristo. Dios “*quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*” (1 Tim 2,4).

En el evangelio de Juan se afirma una u otra vez que esa es la voluntad del Padre: “*Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda a ninguno de los que él me ha dado, sino que los resucite en el último día. La voluntad de mi Padre es que todos los que vean al Hijo y crean en él tengan vida eterna*” (Jn 6, 39-40).

Este es el único designio de Dios: “*Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él*” (Jn 3,17).

Hemos de tomar conciencia de lo que pedimos. No invocamos a Dios para que cambie y cumpla nuestros deseos; si oramos es, precisamente para cambiar nosotros escuchando los deseos de Dios. Le pedimos que “*se haga su voluntad*” que es en definitiva nuestro verdadero bien.

Esto significa reconocer que lo decisivo no es nuestra voluntad, lo importante es Su voluntad de salvación. La fe en Dios Padre despierta en nosotros una entrega humilde a un designio más trascendente, que nos envuelve a cada uno y a toda la creación. Esto se traduce en aceptar los caminos, a veces misteriosos, de Dios renunciando a nuestra propia voluntad y deseos. Sin embargo, hacer la voluntad de Dios no significa anular nuestra voluntad o disminuirla, sino orientarla hacia nuestro verdadero bien.

Por eso cuando pedimos “*hágase tu voluntad*”, no estamos renunciando a nuestros intereses y a nuestro propio bien, estamos pidiendo nuestra salvación y la de todos.

En la tierra como en el cielo

Cuando en el lenguaje bíblico se habla del “*cielo*” y “*tierra*”, se indica la totalidad de cuanto existe, la creación entera. Por tanto estamos pidiendo, que Dios haga su voluntad en todo lugar, y que nada quede excluido, que nadie se cierre a sus designios, y que su voluntad de salvación lo abarque todo. Que la voluntad de Dios que está en el cielo, se ejecute en la tierra, entre los hombres.

No podemos decir de corazón “*Hágase tu voluntad*”, sin tener una postura de obediencia al Padre en nuestra vida diaria. “*No basta decirme: Señor, Señor, para entrar en el reino de Dios; no; hay que poner por obra la voluntad del Padre del Cielo*” El modelo lo tenemos en Jesús, cuyo objetivo en su vida era hacer la voluntad del Padre “*He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha*

enviado” (Jn 6,38). Esa voluntad no es un peso que tenga que soportar por obligación, sino lo que alimenta su vida y alienta su ser. Esta fidelidad lo mantiene siempre en comunión con Él. Pero esta obediencia no siempre es fácil, Jesús experimentó en su propia carne lo duro que es a veces mantenerse fiel a la voluntad del Padre. *“Aún siendo Hijo, sufriendo aprendió a obedecer”* (Heb 5,8). Pero en medio del sufrimiento mantuvo firme su actitud de obediencia.

Jesús es el camino a seguir, hacer la voluntad del Padre nos introduce en una relación nueva y especial con él: *“El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ese es mi hermano, y mi hermana y mi madre”* (Mt 12,50).

Vivir la voluntad del Padre exige discernir los caminos de Dios y preguntarnos cuál es aquí y ahora su voluntad. Pero únicamente con nuestras fuerzas no lo podemos realizar, es Dios quien obra en nosotros el querer y el actuar. Por eso le pedimos que sea él quien cumpla su voluntad en nosotros, con el espíritu de María: *“Hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1,38).

V. DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA

Con esta petición se inicia la segunda parte del Padrenuestro, hasta ahora la atención estaba centrada en Dios, ahora la atención la centramos en nosotros mismos: *“nuestro pan”, “nuestras deudas”, “no nos dejes caer en la tentación”, “libranos del mal”* nuestras necesidades más básicas.

El Pan: Es el alimento básico para vivir, no nos bastamos nosotros mismos necesitamos constantemente de alimentos. Cuando pedimos pan a nuestro Padre Dios, le estamos pidiendo algo bueno y necesario, lo que necesitamos para vivir.

Pedimos el pan *“nuestro”*, de todos; no es una necesidad particular sino una necesidad de todos mis hermanos, hombres y mujeres de la tierra. Nuestra oración es siempre en plural, pedimos a Dios el pan de cada ser humano necesita para vivir.

El pan de cada día: Le pedimos a Dios el pan del día de hoy, el pan de cada día, el pan indispensable que necesitamos para subsistir hoy, no para mañana. Sabiendo que cada día lo necesitamos, pero sin la preocupación por acumular bienes para el futuro. Es una advertencia de Jesús: *“No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o que vais a beber, o que con qué os vais a vestir...No os agobies por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio”* (Mt 6,31). Es la oración que hacía el sabio del libro de los Proverbios: *“No me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan”* (Prov 30,8).

Esta petición bien entendida encierra mucho más que una demanda de la ración de pan para cada jornada, implica todo un estilo de vivir de manera sobria y confiando plenamente en el Padre, la actitud de quienes han descubierto el Reino de Dios como su único absoluto y no saben vivir para enriquecerse.

No sólo de pan vive el hombre: Al pedir pan, estamos reconociendo nuestra completa dependencia de él, pero no sólo en el nivel del sustento material, necesitamos también el pan de la Palabra de Dios para alimentar nuestro espíritu, le pedimos el evangelio que alimente nuestro vivir diario.

Para el cristiano el verdadero pan es el mismo Cristo: *“Yo soy el pan de vida, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne para la vida del mundo”* (Jn 6,51).

El pan de la vida eterna: Si pidiéramos el pan del mañana, estaríamos pidiendo a Dios, el pan del futuro, el del banquete final el pan de la vida eterna. Esta petición también puede entenderse nuestro anhelo de entrar en el Reino definitivo, y gozar del pan del banquete del reino.

La vida y cuanto la alimenta es regalo de Dios, pero también fruto del trabajo del hombre. Dios está en el origen de la vida, de él proviene la fuerza y la energía que lo mueve todo, pero es necesario el trabajo del hombre. La vida es un regalo de Dios, nosotros no podemos crearla de la nada, pero somos nosotros quienes estamos llamados a trabajarla, transformarla y mejorarla.

VI. PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN

Esta petición de perdón, aparece en los evangelios de otra manera, en Marcos aparece la palabra *“deudas”*, y en Lucas *“pecados”*. Si queremos entender bien nuestra petición hemos de ahondar en nuestras *“deudas”* con Dios.

Por otra parte el perdón que pedimos a Dios Padre se pone en estrecha relación con el perdón que nosotros concedemos a los hermanos. ¿Cómo hemos de entender esa relación? ¿Es nuestro perdón a los demás condición necesaria e indispensable para que Dios, a su vez nos perdone? ¿O es, precisamente, fruto de ese perdón de Dios, el que nos capacita y nos lleva a perdonar a los demás?.

Nuestra deuda con Dios

En la Biblia se habla del pecado de formas diversas. El pecado es rebelión contra Dios, alejamiento de sus caminos, desobediencia de sus mandatos, infidelidad a su Alianza, rechazo de su Amor, separación de su voluntad, transgresión de sus preceptos... etc.

En el Padrenuestro se considera pecado, como una *“deuda, un vacío, una falta de respuesta al don inmenso de Dios”*

Estamos en deuda con Dios. El gran pecado de la humanidad entera es la falta de respuesta a su amor de Padre; para Jesús el verdadero pecado es el de omisión.

El siervo de la parábola de los talentos es condenado, no por haber hecho algo malo, sino por no haber hecho fructificar lo recibido. (Mt 25, 14-30), lo mismo sucede con la higuera estéril, o el sarmiento que no da fruto. En el último día los hombres serán juzgados, no por el mal que hayan cometido, sino por lo que *“han dejado de hacer”* con el hambriento, el sediento, el forastero, el desnudo, el enfermo o el encarcelado.

“En verdad en verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo” (Mt 25,45).

Este es nuestro pecado, dejar de hacer, no corresponder *“recibir en vano la gracia de Dios”* (2 Cor 6,1). Este pecado no es una transgresión a la ley, es una ofensa personal al Padre del que lo recibimos todo, un Padre que espera ser amado *“con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas”* (Dt 6,5).

Nuestra petición de perdón, sólo es posible, si reconocemos nuestro pecado y nuestra deuda. *“Si afirmamos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos extraviamos y además, no llevamos dentro la verdad”* (1 Jn 1, 8)

Seguimos orando en plural, pedimos a Dios perdón por los pecados de toda la humanidad. Todos necesitamos perdón, todos compartimos la inmensa deuda con Dios.

Perdónanos

Desde esa profunda convicción nace nuestra súplica *“perdónanos”*. Nuestro Padre querido es el Dios del perdón, esto se ve reflejado en toda la tradición bíblica: *“Tú eres el Dios del perdón”* (Neh 9,17) *“Junto a Ti se encuentra el perdón”* ((Sal 130,4), *“Es compasivo y clemente, paciente y misericordioso, no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo... porque Él conoce nuestra masa se acuerda que somos de barro”* (Sal 130, 8-13.)

Jesús se presenta como el Enviado por Dios para hacer realidad el perdón infinito e insondable del Padre. Su mismo nombre: “Jesús” indica que *“él salvará a su pueblo de los pecados”*. (Mt 1,21); pero a diferencia de los profetas o del Bautista, Jesús ofrece el perdón de Dios como un regalo absolutamente gratuito e ilimitado, Dios perdona sin límites, no sólo a los pecadores que hacen penitencia, sino también a publicanos, prostitutas, gentiles y paganos. Dios perdona, además sin exigir penitencia previa. **Su perdón es pura gracia.**

Como también nosotros perdonamos

El perdón de Dios aparece vinculado al perdón que nosotros concedemos a los hermanos, pero ¿cómo hemos de entender esta relación? ¿Nuestro perdón es condición indispensable para que Dios nos conceda su perdón ó más bien es consecuencia del fruto del perdón que Dios nos ha concedido previamente?

Jesús nos advierte que para recibir el perdón de Dios se requiere que nosotros perdonemos a los hermanos, insiste en ello al hablar de la oración: *“Cuando oréis, perdonad si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre del cielo os perdone vuestras culpas.”* (Mc 11,25) *“No juzguéis y Dios no os juzgará, no condenéis y Dios no os condenará; perdonad y Dios os perdonará”* (Lc 6, 37)

Nuestro perdón al hermano, no es algo previo que hemos de hacer para merecer el perdón de Dios, el perdón de Dios es absolutamente gratuito, sin merecimiento alguno por nuestra parte, y es ese perdón el que suscita en nosotros la capacidad de perdonar y de reproducir hacia nuestros hermanos la misma actitud que el Padre tiene con nosotros.

El sentido de nuestra petición de perdón

El que reza el Padrenuestro, lo hace conciente de que Dios nos ha ofrecido ya en Cristo gratuitamente su perdón total. El perdón de Dios y la eliminación del pecado en nosotros es un acontecimiento que sólo se puede producir por puro amor.

No es posible acoger el perdón de Dios si no es abriéndonos a ese amor perdonador y creando en nosotros la misma actitud. Quién acepta el perdón de Dios, se transforma y vive perdonado. Por el contrario quien guarda rencor y sigue pidiendo cuentas a los demás, es que no se ha transformado y no ha acogido el perdón de Dios.

Si no perdonamos es señal de que nuestro corazón permanece cerrado al amor. En esa misma medida cerrado a recibir el perdón de Dios.

VII. NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

Esta es la única petición que tiene una formulación negativa. Conscientes de nuestra debilidad, pedimos al Padre ayuda y fuerza para no caer en el pecado. Pero hemos de entender bien la petición; no le pedimos que nos libre de las tentaciones diarias, sino que no nos deje caer en la tentación radical y definitiva de rechazar el Reino de Dios y abandonar la fe en Jesucristo.

Nuestra debilidad

El ser humano es libre, y aún condicionado por no pocos factores, puede decidir la orientación de su vida. Pero al mismo tiempo es radicalmente débil, amenazado desde dentro y desde fuera por toda clase de peligros y riesgos que pueden arruinar su proyecto de vida.

En toda persona conviven dos tendencias contradictorias, por una parte, la tendencia a hacer el bien, a buscar lo justo, a amar, a vivir en comunión de manera fraterna; y por otra parte, la tendencia a dejarse arrastrar por el mal, a vivir encerrado en el egoísmo y la insolidaridad, a actuar de manera injusta y violenta. El “*misterio del mal*” nos amenaza siempre. Desde esa debilidad siempre amenazada brota nuestra petición de ayuda.

La tentación

La palabra griega “*peirasmós*” que significa “prueba”, define a una experiencia, que incluso siendo dura y difícil, puede ayudar a crecer en el bien. En la Biblia encontramos este tipo de pruebas que Dios mismo hace a su pueblo, como caminar por el desierto durante cuarenta años “*par probarlo y conocer lo que hay en su corazón*” (Dt 8,2).

Pero el término puede significar también “*tentación*”, es decir una incitación al mal. Sin duda en el Padrenuestro se está pensando en esta tentación de índole maligna. Pero no se trata de pequeñas tentaciones de cada día, sino de rechazar a Dios, de cerrarnos a su amor, a su Reino y su justicia, para sustituirlo por nuestro propio egoísmo.

Jesús habla de la “*tentación final*”, cuando llegue la hora de Satán o del poder de las tinieblas, cuando puede entrar la duda total y la tentación del abandono, su exhortación es clara: “*Velad y orad en todo tiempo, para que os libréis de todo lo que ha de venir y podréis presentaros sin temor ante el Hijo del Hombre*” (Lc 21,36).

No nos dejes caer

Le pedimos a Dios que “*no nos deje ceder a la tentación*”. No le suplicamos no ser tentados, sino no sucumbir, no caer en la trampa que se nos tiende a la tentación.

A cada uno le viene la tentación cuando su propio deseo lo arrastra y lo seduce, y es Dios quien nos da fuerzas para que la superemos: “*podéis confiar en que Dios no permitirá que seáis puestos a prueba por encima de vuestras fuerzas; al contrario, junto a la prueba os proporcionará fuerzas suficientes para superarlas*” (1Cor 10,13)

Vigilad y orad

La actitud del creyente ante la tentación ha de ser, según Jesús la de *Velad y orad*. Tener conciencia de nuestra propia debilidad, no caer en el orgullo o la autosuficiencia, ni tampoco en la inconsciencia. Saber que necesitamos vigilar y orar para mantener activa nuestra confianza en la gracia de Dios.

Vigilad: Significa mantenerse despiertos, ser lúcidos y atentos, es velar constantemente vivir sin relajarnos nunca ante el mal, combatiendo con todas nuestras fuerzas, reafirmandonos una y otra vez en la fe.

Orad: La actitud vigilante ha de ir acompañada por la oración. Nuestra debilidad es grande, sólo con la fuerza de Dios en nosotros podemos vencer; de esa confianza brota nuestra oración. El mal no tiene la última palabra.

VIII. LÍBRANOS DEL MAL

La última petición es un grito de socorro dirigido a nuestro Padre, que nos libre del Mal que nos puede alejar del Reino de Dios y de la vida.

El Mal

El término original del Padrenuestro es “*Libranos del Malo*” ¿Cuál es su significado? En los evangelios se habla del “*Maligno*” que lucha contra el reinado de Dios, se le llama: “*el tentador, el enemigo, homicida y mentiroso, el jefe del mundo*. Es él quien *arrebata* la Palabra de Dios sembrando cizaña. Esta presencia del Maligno es misteriosa y ambigua. Por una parte, su poder está vencido: Jesús lo ve “*caer del cielo como un rayo*” (Lc 10,18); pero por otra está entre nosotros, “*aunque le queda poco tiempo*” (Ap 12,12).

Al pedir a Dios que nos libere del mal, no le pedimos propiamente que nos libere del cautiverio o la esclavitud del mal; pedimos que nos “*arranque*” del mal que nos acecha, que nos salve a tiempo del peligro, que no nos abandone al poder de ese mal que parece invadir la historia y penetrarlo todo.

El mal está ahí con todo su poder. Pero la actitud del creyente no es de miedo, sino de confianza grande en el Padre, sabemos que Él ha actuado ya, y por eso seguimos pidiéndole su protección salvadora.

Nuestra lucha contra el mal

Si pedimos la liberación del mal hemos de estar dispuestos a luchar contra él con todas nuestras fuerzas, siguiendo a Jesús. Para san Pablo sólo hay una manera de luchar contra el mal: “*hacer el bien*”, “*no te dejes vencer por el mal, vence al mal a fuerza de bien*” (Rom 12,21).

Los creyentes luchamos contra el mal con nuestra confianza puesta en Dios Padre, Él es “*el que libra de todo mal*” Si rezamos el Padrenuestro lo hacemos con la convicción “*Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá estar en contra?*” (Rom 8,31).

La primera palabra del Padrenuestro es “*Padre*” la última “*mal*”, es pues la oración confiada de un hijo que eleva su plegaria al Padre al verse amenazado por el mal.

IX. AMÉN

Nuestro amén al final del Padrenuestro sirve para reforzar y reafirmar lo que ha salido de nuestros labios. Hemos pronunciado desde dentro la oración enseñada por Jesús, ahora al terminarla, decimos: “Sí. Así es. Así ha de ser. Así quiero orar siempre. Así quiero vivir, con la confianza total en Dios, nuestro Padre, glorificando su nombre, acogiendo su Reino, haciendo su voluntad; recibiendo de él el pan, el perdón y la fuerza para vencer al mal, Amén, sí, amén.

BIBLIOGRAFÍA:

*** PADRE NUESTRO: ORAR CON EL ESPÍRITU DE JESÚS**

José Antonio Pagola. PPC Editorial 2002